

## EL HISPANISMO NORTEAMERICANO Y LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA EN LA DICTADURA FRANQUISTA

---

Carolyn P. Boyd  
Department of History  
University of Texas at Austin

En dos artículos controvertidos que se publicaron en 1958 y 1975, el distinguido historiador norteamericano de Francia, David H. Pinkney, lanzó un propósito que muy pronto se conocía como «la tesis de Pinkney»<sup>1</sup>. Pinkney estaba preocupado por la indiferencia, por no decir la hostilidad, con que los franceses acudían a la historiografía norteamericana sobre su país. Había concluido que los historiadores norteamericanos estaban condenados al fracaso mientras intentaban competir con sus colegas franceses en la producción de monografías basadas en la investigación archivística intensiva. En opinión de Pinkney, los historiadores norteamericanos de Francia debían optar por la producción de obras de síntesis e interpretación, en las cuales podían lucir sus virtudes particulares: su apartamiento de las luchas partidarias, su conocimiento amplio de la historia europea, y su independencia de los usos y abusos del sistema escolar francés. En 1981, en su discurso inaugural como presidente de la American Historical Association, Pinkney incluía en su «tesis» a los historiadores de los demás países europeos. Como ejemplo de un campo de investigación en que las contribuciones de historiadores norteamericanos seguían el modelo propuesto y en donde, por lo tanto, estaban reconocidos tanto en los EE.UU. como en Europa, Pinkney señaló la historia contemporánea de España<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> David A. PINKNEY, «The Dilemma of the American Historian of Modern France», *French Historical Studies* 12 (1958): 11-25, y «The Dilemma of the American Historian of Modern France Reconsidered», *Ibid.* 9 (1975): 170-81.

<sup>2</sup> David A. PINKNEY, «American Historians on the European Past», *American Historical Review* 86 (1981): 1-20.

La tesis de Pinkney suscitó debates y algunas protestas entre los historiadores norteamericanos de Europa que rechazaban la idea de que debían resignarse a una condición de inferioridad académica en el campo de su especialización. Sin embargo, Pinkney acertó al llamar la atención sobre la contribución norteamericana a la historiografía contemporánea de España. A partir de los años 50 y hasta la década de los 70, historiadores norteamericanos publicaron una serie de obras importantes sobre España que tenían influencia transatlántica. Estos libros legitimaron la historia contemporánea de España como campo de investigación en un momento en que España estaba aislada intelectual y políticamente, y proporcionaron un análisis equilibrado de las instituciones y acontecimientos claves de la historia española en un momento en que la historia contemporánea estaba desatendida y/o deformada por la historiografía franquista. También ayudaron a una generación de universitarios españoles a entender los conflictos y debates que habían formado la sociedad en que vivían. Al abrir nuevos campos de investigación histórica y al establecer una narración histórica nacional con la cual los historiadores españoles podían dialogar, también ayudaron a delinear un programa de investigación para los jóvenes historiadores que en los años finales de la dictadura se aplicaron al estudio de la historia contemporánea.

\* \* \*

La historiografía sobre España que empezó a publicarse en los años 50 fue una manifestación algo tardía de una expansión general de la historiografía norteamericana sobre la Europa contemporánea que tuvo lugar después de la segunda guerra mundial. En un censo informal hecho en 1926, se calculó que no había más de 250 especialistas norteamericanos en la historia contemporánea de Europa, y de éstos, casi todos se dedicaban a las historias francesa e inglesa<sup>3</sup>. Pero después de la guerra, el panorama cambió, como resultado de la expansión rápida del sistema universitario norteamericano y de la elevación de los EE.UU. al rango de superpoder internacional. Sus nuevos compromisos globales, que incluían la defensa de la Europa occidental contra una supuesta agresión soviética, inspiraron un interés inusitado en la historia mundial, y sobre todo, en la historia de los conflictos internacionales y de las relaciones diplomáticas. Al mismo tiempo, la confrontación ideológica

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 2.

con la Unión Soviética creó demanda para estudios empíricos que analizaran las condiciones políticas, sociales y culturales que históricamente habían nutrido o estorbado el desarrollo de las instituciones democráticas y del crecimiento económico. Para obtener estos estudios, tanto el gobierno norteamericano como las fundaciones privadas proporcionaron becas para los estudios graduados y posgraduados y para la investigación científica. En 1949, se creó el programa Fulbright, que permitía a los historiadores norteamericanos investigar en los archivos y bibliotecas europeos por períodos largos. Como resultado, la enseñanza universitaria y las publicaciones sobre Europa experimentaron un aumento impresionante. Según un cálculo, en la década 1968-1978, historiadores norteamericanos publicaron más de 2.000 libros sobre la historia contemporánea de Europa<sup>4</sup>.

Dadas estas causas subyacentes, no debe sorprender a nadie que España no se incluyera al principio entre los países que suscitaban el interés de los historiadores y de las entidades gubernamentales. Como ha observado recientemente Richard Kagan, la herencia cultural anglo-protestante de los norteamericanos siempre les había dispuesto a contemplar a los españoles sin simpatía. Se miraba a los españoles como un «otro», cuyo carácter nacional, instituciones, y valores culturales eran antitéticos a la imagen que los norteamericanos tenían de sí mismos como un pueblo progresista, laborioso, y amante de la libertad<sup>5</sup>. La victoria nacionalista en la guerra civil española y la supervivencia de una dictadura que se juzgaba fascista sólo confirmaban estos prejuicios antihispánicos. Por otra parte, la caída de España como poder global, su neutralidad durante las dos guerras mundiales, y su aislamiento económico y político después de 1945 la alejaron de las preocupaciones intelectuales de los europeístas norteamericanos. Irónicamente, la tendencia norteamericana de consignar a España en un ghetto de «diferencia» estaba reforzado por el mismo régimen franquista, cuyos propagandistas nacional-católicos celebraban la identidad nacional singular que distinguía a España de sus vecinos «materialistas» y «degradados».

La indiferencia norteamericana hacia España empezó a disiparse en la década de los 50, cuando la estrategia geopolítica de los Estados Unidos permitía al régimen franquista salir de su aislamiento diplomático. Un indicio de su nuevo crédito internacional fue la extensión a España

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>5</sup> Richard L. KAGAN, «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain», *American Historical Review* 101 (1996): 423-46.

del programa Fulbright de intercambio cultural en 1960. «El milagro español», y el «boom» turístico que lo acompañó, también atrajeron el interés de los historiadores y políticos americanos. Si antes de 1956 hubo sólo un profesor que enseñaba historia española en una de las grandes universidades norteamericanas, en 1970 había 55, y en el mismo período, se conferían unos 116 grados doctorales a especialistas en historia española. La madurez de la nueva disciplina se señaló por la creación de la Society for Spanish and Portuguese Studies en 1969 y por la concesión del prestigioso premio «Herbert Baxter Adams» de la American Historical Association a dos libros sobre la historia contemporánea de España: *The Spanish Republic and the Civil War, 1936-1939*, de Gabriel Jackson, y *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, de Edward Malefakis. El apogeo de los estudios históricos norteamericanos sobre España se alcanzó en el lustro 1970-74; después, por varias razones que se examinarán más tarde, el número de historiadores hispanistas en las universidades norteamericanas disminuyó y lo mismo pasó con el número de grados de doctor que se otorgaron en este campo de estudio<sup>6</sup>.

Al igual que otros europeístas de la posguerra, los hispanistas norteamericanos dominaban el español y otros idiomas europeos, conocían la historiografía española de su especialidad, e investigaban en los archivos y bibliotecas extranjeros. Sus libros y artículos trataban principalmente de la edad contemporánea, al igual que las tesis doctorales que se escribieron en este período. Según la historiadora Joan Connelly Ullman, 34 de los 40 libros sobre historia española publicados por historiadores universitarios norteamericanos entre 1958 y 1970 trataban de la historia contemporánea<sup>7</sup>. Puesto que los historiadores americanos llevaban sus conocimientos de la historia europea al estudio del pasado español, tendían a colocar a España dentro del patrón general del desarrollo histórico europeo y de esta forma, a contribuir a derrumbar la muralla de «diferencia» que había marginado la historia española dentro del mundo universitario norteamericano.

El énfasis contemporaneísta de los historiadores norteamericanos tenía sus orígenes tanto en sus inquietudes presentistas como en su aprecio de una oportunidad historiográfica. Como es casi siempre el

---

<sup>6</sup> Joan C. ULLMAN, «Spanish History in the American University», Society for Spanish & Portuguese Historical Studies *Bulletin* 3 (1983): 10-21. Véase también Adrian SHUBERT, «La historiografía contemporánea en Norteamérica», *Ayer* 31 (1998): 201-27.

<sup>7</sup> ULLMAN, «Spanish History», pp. 14, 19.

caso con los que pretenden comprender al «otro», las cuestiones históricas que les interesaban a los norteamericanos estaban estrechamente relacionadas con el ambiente intelectual, político y social en que trabajaban. En general, los historiadores compartían con los sociólogos y politólogos de su generación unos presupuestos «funcionalistas» que definían «lo normal» en términos de consenso social y estabilidad política. Por lo tanto, en sus obras sobre España, los hispanistas norteamericanos intentaban indagar las causas de la inestabilidad política que habían impedido la creación y consolidación de las instituciones liberales, o, dicho de otra manera, intentaban investigar el «problema» de la modernización política de España. La mayoría simpatizaba con las aspiraciones democráticas de la II República y por lo tanto, buscaban las «causas» de la guerra civil y del triunfo subsiguiente de la dictadura franquista. Otros historiadores proponían resucitar la experiencia histórica de grupos sociales o de individuos cuya memoria se había reprimido u olvidado tras la victoria nacionalista de 1939. Todos implícitamente contrastaban el pasado español con la experiencia histórica de otras sociedades europeas en la época contemporánea.

A diferencia de sus colegas que investigaban la historia francesa, los historiadores norteamericanos de España de la posguerra no tenían que enfrentarse con un grupo de historiadores profesionales en el país cuya historia se habían dedicado a estudiar. Por varias razones, la historia contemporánea nunca había atraído la atención de los historiadores profesionales españoles<sup>8</sup>. A principios del siglo, fue la historia medieval la que cautivó el interés de los historiadores profesionales: durante la dictadura franquista, la historiografía oficial estaba dominada por la historia de los siglos imperiales, de los cuales el así llamado Nuevo Estado presumía ser el descendiente directo<sup>9</sup>. Al mismo tiempo, la hostilidad ideológica del régimen y de la inaccesibilidad de los archivos relevantes erradicaron por completo la historia contemporánea como objeto de la investigación científica. El abogado principal por una historia contemporánea en la posguerra española, el distinguido historiador ca-

---

<sup>8</sup> El gran historiador, Rafael Altamira, dedicaba su carrera a abogar por la historia contemporánea como tema de estudio, pero sin mucho efecto en la práctica historiográfica. Véase Carolyn P. BOYD, *Historia Patria: Politics, History and National Identity in Spain, 1875-1975* (Princeton, NJ, 1997), pp. 122-64.

<sup>9</sup> Véanse José María JOVER ZAMORA, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos de historia* (Madrid, 1976), pp. 215-47; Gonzalo PASAMAR ALZURIA e Ignacio PEIRO MARTÍN, *Historiografía y práctica social en España* (Zaragoza, 1987), pp. 65-92; y BOYD, *Historia Patria*, pp. 232-72.

talán Jaime Vicens Vives, murió trágica y prematuramente en 1960. Se creó así una oportunidad historiográfica que, en las circunstancias existentes, podía ser explotada por los historiadores extranjeros, que estaban menos constreñidos por rencores políticos y hábitos profesionales. Por esta razón, es lógico que la producción historiográfica norteamericana se recibiera con más entusiasmo en España que en otros países europeos de la época.

La historiografía extranjera no sólo ofrecía una alternativa agradable a la historiografía franquista, también les ofrecía a los españoles la oportunidad de verse reflejados en la mirada del otro<sup>10</sup>. Es decir, los hispanistas extranjeros —entre ellos, los norteamericanos— invitaban a los españoles a considerarse a sí mismos como un pueblo cuya experiencia histórica podía entenderse dentro de un marco amplio que incluía tanto la comparación como el contraste con los demás países de la Europa occidental. Es verdad que el enfoque nacional de la historiografía norteamericana muchas veces oscurecía importantes variaciones regionales y locales; sin embargo, tenía la virtud de facilitar la integración de la historia nacional española en los esquemas interpretativos con relevancia general en el mundo moderno. Por cierto, las comparaciones con Europa no eran siempre halagadoras. Dentro del marco teórico más favorecido por los historiadores norteamericanos —el de la modernización política y económica— el caso español se entendía frecuentemente como un «fracaso». Pero es también verdad que la generación de historiadores españoles que llegó a la madurez profesional en los años 60 y 70 no se escapaban de esta tendencia infeliz al sustituir el modelo marxista por el de la modernización. Sólo recientemente los historiadores españoles y norteamericanos han podido abandonar el postulado del «fracaso» para describir la trayectoria histórica peculiar de España en términos no envidiosos.

No es posible en este espacio limitado examinar todas las obras escritas por historiadores norteamericanos que se publicaron durante la dictadura. En vez de esto, voy a analizar las obras de un grupo selecto de historiadores cuyas publicaciones, en mi opinión, tuvieron más influencia en los EE.UU. y en España. No hace falta decir que la exclusión de algún historiador de esta breve vista general no debe interpretarse como señal de su insignificancia o de falta de mérito científico e intelectual.

---

<sup>10</sup> Véase FRANCISCO MURILLO FERROL, «En que se trata de los hispanistas» (A Guy Hermet y Edward Malefakis), *Sistema* 14 (1976), p. 512.

Uno de los primeros estudios escrito por un hispanista norteamericano en los años 50 era al mismo tiempo uno de los más influyentes. *The Eighteenth Century Revolution in Spain*, de Richard Herr, parece, a primera vista, sobrepasar los límites de la historia contemporánea tal como se define convencionalmente<sup>11</sup>. Sin embargo, sus conclusiones eran muy relevantes para la historia española después de 1808. Al comprobar la vitalidad de la Ilustración española, Herr situó la cultura española dentro de la historia general de la civilización europea; y al arguir que la política moderada y pragmática de los ilustrados españoles no amenazaba seriamente ni a la monarquía ni a la iglesia, Herr ponía a prueba la interpretación tradicionalista de las reformas borbónicas como «heréticas» y «antinacionales». La verdadera ruptura del siglo XVIII, según Herr, fue provocada por la revolución francesa, que permitía a los enemigos españoles de la Ilustración detener el movimiento reformista. En la visión de Herr, los conservadores españoles eran los verdaderos revolucionarios: su resistencia a una tradición reformista indígena que era a la vez española y europea llevó hacia atrás el progreso hacia la modernidad y engendró las tensiones socioeconómicas y culturales que culminaron en la guerra de 1936.

El libro de Herr se publicó en un momento en que algunos historiadores españoles empezaban a llamar la atención sobre los resultados positivos del Despotismo Ilustrado y así a rehabilitar la imagen negativa del siglo XVIII como un desvío de la «verdadera» tradición nacional. El libro de Herr era insuficientemente respetuoso con las ortodoxias dominantes como para ganar el asentimiento universal, pero como todo revisionismo eficaz, tenía el efecto de estimular el debate historiográfico. Pero la contribución de Herr no fue sólo interpretativa, sino también metodológica (aunque como la mayoría de los historiadores norteamericanos de su generación, no se dirigía explícitamente a las cuestiones teóricas o metodológicas en sus libros). Su análisis de la política liberalizadora y secularizante de los reformistas ilustrados y del rey Carlos III no era el de un partidario, sino de un historiador empírico que había consultado una gama extensa de fuentes impresas. Partiendo de un entendimiento comprensivo de la historia política, explicaba la política y los programas ilustrados en términos de los conflictos sociales y culturales entre grupos rivales de élites. Herr concedía autonomía histórica a las ideas, al mismo tiempo que reconocía las fuerzas coyunturales y estructurales que condicionaban su circulación y su atractivo.

---

<sup>11</sup> Richard HERR, *The Eighteenth Century Revolution in Spain* (Princeton, NJ, 1958).

La capacidad de Herr de percibir las grandes tendencias de la historia contemporánea española y de colocarlas dentro del contexto europeo se demostraba a buen efecto en *An Historical Essay on Modern Spain*, publicado en 1970<sup>12</sup>. Desarrollando temas que había introducido en su primer libro, Herr explicaba la evolución y crisis final del Estado liberal en términos de los conflictos que tuvieron su origen en el siglo XVIII, y que se moderaron gradualmente en los años 60 bajo los efectos de la modernización económica y social. Nunca traducido al español, este libro es todavía la mejor historia breve de la España contemporánea que tenemos en inglés, a pesar de haberse escrito hace casi 30 años.

Como extranjero, Herr podía distanciarse de las luchas ideológicas y rutinas pedagógicas que a veces impedían que los españoles estudiaran el pasado reciente con imparcialidad. La misma capacidad se notaba en las obras de Stanley Payne, un historiador cuyos muchos libros han interpretado la historia española del siglo XX a través de sus instituciones más poderosas. Como su compatriota Herr, Payne tenía una preparación profesional extensa en la historia europea y universal y, en consecuencia, sus obras típicamente incluían una dimensión comparativa que ayudaba a combatir la marginación tradicional de la historia española<sup>13</sup>. Su primer libro, publicado en 1961 (y dedicado a la memoria de Vicens Vives) era una historia objetiva y bien documentada de la Falange Española, un tema tabú en la España de la época. Su segundo libro *Politics and the Military in Modern Spain*, trataba con serenidad la historia contemporánea de otro sostén del régimen franquista, el ejército<sup>14</sup>. Ambos libros ejemplificaban la «tesis de Pinkney» porque intentaban sintetizar la historia de instituciones apenas estudiadas y políticamente cargadas. Demostraban también la legitimidad y utilidad de las fuentes contemporáneas, como la prensa y las entrevistas, en manos de un historiador competente e imparcial. El interés de Payne por la evolución histórica de la derecha española le conducía en los años siguientes a escribir libros sobre la iglesia española, el nacionalismo vasco, el carlismo, y el régimen franquista. También escribió dos historias de la política de partidos en la II República en que insistía en el extremismo

---

<sup>12</sup> Richard HERR, *An Historical Essay on Modern Spain* (Berkeley, 1970).

<sup>13</sup> La perspectiva comparativa es dominante en sus dos libros sobre el fascismo: Stanley G. PAYNE, *Fascism, Comparison and Definition* (Madison, WI, 1980), y *A History of Fascism, 1914-1945* (Madison, 1995).

<sup>14</sup> Stanley G. PAYNE, *Falange: A History of Spanish Fascism* (Stanford, CA, 1961), y *Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967).

y rigidez ideológicos de la izquierda española como causa principal de la guerra de 1936<sup>15</sup>. Sin embargo, en la mayoría de sus libros, su propósito no era iniciar una polémica con los partidarios de la izquierda, sino restaurar la complejidad histórica a un campo de estudio en donde el reduccionismo era la norma.

Tres libros sobre la guerra civil publicados por historiadores norteamericanos en los años 60 y 70 tenían una gran influencia en España y América porque presentaban documentación que impugnaba la interpretación franquista de la guerra como una cruzada contra el comunismo y otras fuerzas «antinacionales». Sin embargo, los autores de *The Grand Camouflage*, *The Spanish Republic and the Civil War* y *El mito de la cruzada de Franco* y *Guernica! Guernica!* ocupaban puntos divergentes en el espectro político<sup>16</sup>. El libro de Burnet Bolloten detallaba con simpatía la revolución social en la zona republicana y desenmascaró la política comunista que la destrozó. Southworth, un simpatizante comunista, desplegó nuevos datos para atacar los mitos y mentiras de la propaganda franquista sobre la guerra. Jackson, un demócrata liberal moderado, escribió una defensa apasionada y elocuente de las reformas del primer bienio republicano y atribuyó el descenso a la violencia a los «extremistas» de izquierda y derecha. Es innegable que los presupuestos ideológicos de estos historiadores determinaron hasta cierto punto sus conclusiones. Pero al mismo tiempo presentaban datos sólidos que no sólo hacían posible, sino demandaban una nueva glosa de la historia de los años 30. De hecho, la interpretación de Jackson se convirtió en la «narración patrón» que dominaba el discurso historiográfico sobre la República y la guerra civil hasta los años 70, cuando nuevos enfoques historiográficos ponían en duda muchas de sus conclusiones.

Aunque Juan Linz ni es historiador por vocación, ni es norteamericano por nacimiento, debe incluirse en cualquier análisis de la contribución norteamericana a la historiografía de la España contemporánea.

<sup>15</sup> Stanley G. PAYNE, *Spanish Catholicism: an Historical Overview* (Madison, Wis., 1984); *Basque Nationalism* (Reno, 1975); *Navarrismo y españolismo en la política navarra bajo la II República* (Pamplona, 1982); *Franco's Spain* (New York, 1967); *The Franco Regime, 1936-1975* (Madison, 1987); *The Spanish Revolution* (New York, 1970); y *Spain's First Democracy: the Second Republic, 1931-1936* (Madison, 1993).

<sup>16</sup> Burnett BOLLOTEN, *The Grand Camouflage: The Spanish Civil War and Revolution 1936-39* (New York, 1961); Gabriel JACKSON, *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939* (Princeton, 1965); y Herbert SOUTHWORTH, *El mito de la cruzada de Franco* (París, 1963) y *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda and History* (Berkeley, 1977).

Su obra ha tenido un impacto enorme en Estados Unidos en el campo de la política comparada, pero de interés especial aquí son los estudios de sociología histórica que publicó en los años 60 y 70. Al analizar el efecto de clase social, región, y afiliación religiosa sobre la composición de los partidos, el reclutamiento de las élites, el comportamiento electoral, y otras formas de conducta política durante las primeras décadas del siglo xx, Linz probaba su hipótesis sobre la posible conducta política de los españoles una vez terminada la dictadura franquista. Como otros sociólogos de aquellos años, Linz entendía los conflictos sociales y la inestabilidad política como desviaciones de la norma. Analizaba las fuerzas políticas y sociales que habían desequilibrado las instituciones liberales y democráticas en el pasado reciente español a la luz de proposiciones generales derivadas del análisis de crisis políticas similares en otras partes del mundo, con el fin de atacar la idea de que el comportamiento político español era de alguna manera singular. Al examinar las crisis políticas históricas, al hallar las continuidades y rupturas entre el pasado y el presente, y al situar la vida política española dentro de un marco comparativo, Linz demostró que el estudio empírico de la sociedad y la política era un componente esencial de la teoría y la acción políticas. Su análisis sociológico del comportamiento electoral y de los sistemas de partidos inspiró trabajos parecidos en España en los años 70, mientras el país entraba en una nueva era de política democrática<sup>17</sup>.

El compromiso de Linz con el empirismo se evidenció también en su artículo teórico influyente, «An Authoritarian Regime: Spain», publicado en 1961<sup>18</sup>. En este estudio Linz entró en el debate de la posguerra sobre la naturaleza del «totalitarismo». Linz rechazó la idea de que el régimen franquista y otras dictaduras contemporáneas no eran más que variaciones dentro de una categoría única que incluía además los regí-

---

<sup>17</sup> Juan J. LINZ, «The Party System of Spain: Past and Future», en Seymour M. Lipset y Stein Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments* (New York, 1967), pp. 197-282; «Within Nation Differences and Comparisons: The Eight Spains», en Richard I. Merrit and Stein Rokkan, eds., *Comparing Nations: The Use of Quantitative Data in Cross-National Research* (New Haven, CN, 1966); «Early State-Building and Late Peripheral Nationalisms Against the State: The Case of Spain», en S.N. Eisenstadt y Stein Rokkan, eds., *Building States and Nations*, t. 2 (Beverly Hills, 1973), pp. 32-116; «Opposition In and Under an Authoritarian Regime: the Case of Spain», en Robert Dahl, ed., *Regimes and Oppositions* (New Haven, 1973), pp. 171-259; y «From Great Hopes to Civil War: The Breakdown of Democracy in Spain», en Juan J. Linz y Alfred Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe* (Baltimore, 1978), pp. 142-215.

<sup>18</sup> LINZ, «Spain: An Authoritarian Regime», en Erik Allardt and Yrjo Littunen, eds., *Cleavages, Ideologies and Party Systems* (Helsinki, 1964), pp. 291-341.

menes nazi y estalinista. Como alternativa, elaboró una tipología distinta de «régimen autoritario» con datos derivados de su estudio de la evolución de la dictadura española entre 1939 y 1959. El modelo de Linz recibió la aprobación general en una época caracterizada por la proliferación de dictaduras militares en las sociedades poscoloniales de África, Asia, y Latinoamérica. Pero en España atrajo más críticas, sobre todo de los marxistas, que, partiendo de la definición teórica del fascismo como la última etapa del capitalismo industrial, le acusaron de hacer distinciones vacías que sólo servían para legitimar la dictadura franquista. En todo caso, la metodología empírica de Linz tenía la virtud de inspirar más estudios sobre el régimen franquista como una formación política históricamente específica y con antecedentes en el pasado español reciente.

Los historiadores norteamericanos de la posguerra también abrieron terreno nuevo al reexaminar algunos episodios y grupos históricos cuya memoria se había olvidado o deformado por la mitología o la ideología. Una pionera en esta empresa fue Joan Connelly Ullman, cuyo libro sobre la Semana Trágica de 1909 se publicó en 1968<sup>19</sup>. La obra de Ullman se distinguía por su enfoque local, aunque su propósito explícito fue el análisis de la función política del anticlericalismo en España (y por implicación, en otras sociedades católicas). Después de una introducción general al ambiente político nacional, el libro examinaba de forma detallada los movimientos sociales y las fuerzas políticas que contribuyeron al estallido de violencia popular en Barcelona. Ullman narra los acontecimientos de la Semana Trágica hora por hora, a base del estudio escrupuloso de las fuentes impresas, y así refutaba muchos de los mitos y malentendidos alrededor de este episodio clave, incluso la responsabilidad alegada del educador revolucionario, Francisco Ferrer. Más importante, Ullman empleaba su análisis de las causas de la Semana Trágica para estudiar la manera en que las tensiones sociales en Barcelona se canalizaron hacia el anticlericalismo por fuerzas políticas locales que no eran capaces de desarrollar una alternativa coherente al sistema de poder existente. El concepto de Ullman de la política como una arena de conflicto social y cultural y de la violencia como la expresión de tensiones sociales no resueltas, su sensibilidad a la condición de la clase obrera, y su atención a grupos previamente desatendidos por la historiografía, como los anarquistas y los republicanos radicales, hizo de su libro un estudio innovador.

---

<sup>19</sup> Joan CONNELLY ULLMAN, *The Tragic Week: A Study of Anticlericalism in Spain* (Cambridge, MA., 1968).

El énfasis que ponía Ullman en las bases sociales del desorden público se desarrolló aún más en la obra clásica de Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: The Origins of the Civil War*<sup>20</sup>. Como otros historiadores norteamericanos Malefakis quería explicar el colapso del régimen republicano en 1936. Pero Malefakis ofreció más que un examen inteligente de la fracasada política de reforma agraria; presentó un estudio archivístico muy detallado del régimen de propiedad agraria en España y de su significado para el éxito o el fracaso de la reforma. Esta documentación le permitía evaluar la retórica y los actos de los reformadores en relación con la realidad social heterogénea de terratenientes, labradores, y campesinos. También le permitía comprobar teorías generales sobre las relaciones entre la reforma, la reacción y la revolución —una empresa bastante atrevida en el ambiente de los primeros años 70. Su valoración sincera y dolorida de las reformas republicanas y de sus consecuencias involuntarias le atrajeron las críticas de los que no querían aceptar ni sus conclusiones pesimistas ni su preferencia por la estabilidad política. Pero hasta sus críticos más severos tenían que reconocer su erudición escrupulosa y su introducción de los métodos de la nueva historia social en la polémica tradicional sobre las responsabilidades de la guerra civil. La historia social del período republicano que se ha escrito por historiadores españoles después de 1975 se ha construido sobre las bases sentadas por Malefakis.

A pesar de la influencia considerable del libro de Malefakis y de varios otros publicados en la década de los 70, la historiografía norteamericana sobre la España contemporánea empezaba a perder peso, tanto en España como en EE.UU. En América, el fin de la expansión universitaria de la posguerra empezaba a restringir las oportunidades profesionales para los jóvenes que terminaban sus estudios doctorales en aquellos años, al mismo tiempo que la muerte de Franco y la memoria retrospectiva de la guerra civil eliminaban algunas de las preocupaciones intelectuales y políticas que habían suscitado el interés inicial por la historia española. La historia política cedió su plazo primordial a la historia social y cultural dentro del discurso y, con ello, la historia contemporánea de España volvía a la periferia de la disciplina en Estados Unidos. El número de doctores en historia española declinó precipitosamente después de 1975, al igual que el número de profesores que enseñaban historia española en las universidades norteamericanas. Lo

---

<sup>20</sup> Edward E. MALEFAKIS, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War* (New Haven, CN, 1970).

mismo pasó con el número de historiadores que tenían posibilidades de investigar en España y el número de artículos sobre historia española publicados en revistas profesionales norteamericanas<sup>21</sup>.

Pero de igual importancia para la disminuida influencia de la historiografía norteamericana fue la madurez de una generación nueva de historiadores españoles para quienes hacer historia —y sobre todo, historia contemporánea— era a la vez una vocación y una forma de compromiso político. Al recuperar un pasado que se había olvidado o reprimido, los jóvenes historiadores españoles contribuían a formar el presente y el futuro. Bien que la historia de los años 30 seguía siendo tema predilecto, otras cuestiones históricas surgían de las nuevas circunstancias políticas y engendraban debates vigorosos: se investigaba la naturaleza de las revoluciones burguesas e industriales del siglo XIX; la historia de las clases obreras, el movimiento obrero, y la izquierda revolucionaria; la historia de los nacionalismos catalanes y vascos; y otros temas con relevancia para el porvenir nacional. Al mismo tiempo, nuevas metodologías y modelos históricos, como las perspectivas teóricas *annalistes* y marxistas, y la apuesta por una historiografía políticamente *engagé*, hizo que el compromiso con el empirismo y la neutralidad científica de la generación de historiadores norteamericanos de la posguerra pareciera anticuado y hasta ingenuo. Los historiadores españoles ya tenían la libertad intelectual, la preparación universitaria, la relevancia política, y las oportunidades profesionales (en las universidades, los institutos, y en todas las ramas de la administración estatal) como para permitirles declarar su independencia intelectual de la producción historiográfica extranjera —sobre todo, de la historiografía norteamericana que, a sus ojos, estaba desacreditada por el apoyo que el gobierno estadounidense había prestado a la dictadura franquista. La historiografía española había llegado a su mayoría de edad, y como muchos adultos jóvenes, no estaba dispuesta a reconocer su deuda para con ellos, que les había ayudado a madurar.

\* \* \*

En 1991 David Pinkney volvió una vez más a su «tesis». Al echar una mirada retrospectiva a la historiografía francesa y norteamericana de los diez años previos, Pinkney encontró una convergencia en los temas y

---

<sup>21</sup> SHUBERT, «Historiografía contemporánea», pp. 203-04; Ullman, «Spanish History», pp. 20-21.

métodos históricos en ambos lados del Atlántico y una mayor acogida por parte de los franceses a la producción intelectual de sus colegas norteamericanos. Concluyó que ya era tiempo de «enterrar la tesis de Pinkney»<sup>22</sup>. Quizá no sea demasiado optimista concluir lo mismo con referencia a la historiografía norteamericana sobre España. Una generación nueva de historiadores americanos ha encontrado los recursos para financiar la investigación en los archivos españoles y por lo tanto, ha podido contribuir a los estudios locales y regionales que están modificando nuestro conocimiento de la sociedad y cultura españolas en el pasado. Siguen marcando la pauta para los estudios comparativos que sitúan España cada vez más sólidamente dentro del esquema general de la evolución histórica europea. Los historiadores españoles y norteamericanos se encuentran en congresos transatlánticos y publican artículos en las mismas revistas de circulación internacional. La convergencia creciente de métodos y temas sugiere que es posible que entremos en una nueva época de intercambio historiográfico, pero una que, esta vez, está caracterizada por el diálogo y no por la dependencia.

---

<sup>22</sup> David H. PINKNEY, «Time to Bury the Pinkney Thesis?» *French Historical Studies* 17 (1991): 219-23.